



El puñal  
en la esquina  
de la mesa

Antonio García Velasco

EL PUÑAL EN LA ESQUINA DE LA MESA

26 cuentos literarios

EL PUÑAL EN LA ESQUINA DE LA MESA

26 cuentos literarios

Antonio García Velasco

© Antonio García Velasco

[ag27velasco@gmail.com](mailto:ag27velasco@gmail.com)

[www.agvelasco.es](http://www.agvelasco.es)

<https://agvelasco.blogspot.com/>

**ISBN:** 9798840861240

**Sello:** Independently published

Diseño y maquetación: A.G.V.

Portada de Mariano Fernández Cornejo

**El puñal en la esquina de la mesa**



## Índice

A manera de prólogo	9
El desconcertado	21
El regalo de los vinos	25
Lolita	29
Las enseñanzas liberadoras	33
La sacerdotisa anglicana	35
El castillo de Turón	39
Relación condicionada	43
Balboas	47
La rosa del parque	51
La sentina	57
Parentesco revelado	63
El descubierta inmundo	71
Mujer y varón	75
La nariz superlativa	79
El marxista enamorado	83
Una planta llamada reseda	89
El nonio	97
El hastial de la caída	101
La soledad	105
Las cinco anas	109
El rescate	113
La hurí cocinera	117
Sueños	125
Jacobinos y girondinos	131
La aventura americana	
de Andreu Puigvert García	135
El puñal en la esquina de la mesa	145





## *A manera de prólogo*

La vida no deja de sorprendernos. Antonio García Velasco y yo nacimos en el mismo pueblo malagueño, Fuente de Piedra, rodeados de las aguas saladas de una laguna poblada de flamencos. Antonio vivió allí toda su infancia y adolescencia, yo, sólo pasaba en el pueblo bastantes vacaciones. Sin embargo, a pesar de estas largas temporadas juntos, creo que no lo conocí entonces. Nuestro reencuentro ocurrió hace pocos años, la vida nos separó y las resonancias de la niñez fueron desdibujándose con el paso inexorable y despiadado del tiempo. Volvimos a vernos en Málaga, la ciudad a la que siempre regreso y donde él reside. Poco a poco esta coincidencia se trocó en un verdadero descubrimiento, nuestras afinidades literarias, nuestras emociones compartidas más que nuestro pasado, han ido trenzando entre nosotros un vínculo imborrable, una amistad profunda. Ahora me pide prologue su último libro de cuentos, lo que es para mí un gran honor a la vez que una enorme responsabilidad, porque,

como decía Borges: «prologar cuentos que el lector no ha leído aún es tarea casi imposible, ya que exige el análisis de tramas que no conviene anticipar». Tu amistad me exige, querido Antonio, poner manos a esta ardua empresa.

No dudo en calificar a Antonio como un auténtico letraherido. Su voracidad lectora, ampliamente contrastada, su amor desbordante por la literatura le ha llevado a convertirse en un autor prolífico que ha tratado con maestría todos los géneros a la hora de transmitir su imaginario: novela, poesía, cuento, ensayo, crítica literaria, artículos periodísticos, conferencias, y originalísimas herramientas metodológicas para la didáctica e informáticas como auxiliares de los estudios filológicos o la escritura creativa. En sus ensayos ha tocado todas las épocas, desde la Edad Media (*La mujer en la literatura medieval española*, 2000), y el Siglo de Oro (*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha en el ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*, 2015), hasta el momento más actual (*Estudio de 'Séquito de ángeles y evocaciones'*, 2021, de la poeta giennense Encarnación Sánchez Arenas), pasando por los autores más significativos de la Generación del 27 (*El agua en la poesía de Federico García Lorca*, 2015, *Alberti, pájaro tierno, limón de la limonera*, 2015 o *'Ámbito' en la poesía de Vicente Aleixandre*, 2017) o del 50 (*El poema 'Elegía' de Pablo García Baena. Su valor paradigmático*, 2021 o *Poética de Blas de Otero*

en su libro *‘Que trata de España’*, 2017) o bastantes de los iconos del “Boom” latinoamericano (*Poemas, pameos, meopas y prosemas de Julio Cortázar*, 2014 o *Los ‘haikus’ de Mario Benedetti*, 2021). Sería interminable ocuparnos con detalle, si quiera citar, todas las obras que llenan su copiosa producción. Como decía Albert Torés en la Revista Sur, «Escribir sobre Antonio García Velasco es escribir sobre la historia de la literatura».

Lejos de evitar, como bastantes escritores, que la filología escarbe en sus palabras, a Antonio siempre le interesaron las lecturas que los otros hicieran de sus textos, dominado probablemente por su siempre inmensa curiosidad y su total ausencia de miedo. Creía que, por los ojos de sus críticos, vería y aprendería cosas sobre sí mismo que a él mismo se le ocultan, pero lo cierto es que somos los demás los que nos acercamos a él y a su literatura para aprender: cómo escribir, cómo amar a los amigos y cómo empezar desde cero cada minuto, y aniquilar los trapos sucios del tiempo.

Por eso, querido Antonio, te pido disculpas de antemano porque no voy a escribir un verdadero prólogo, ya que estas líneas van a tener mucho más de mi andadura como lectora, aunque la lectura sea el correlato inevitable y esencial de la escritura, como socarronamente

expresaba Dámaso Alonso: «las obras literarias no nacieron para ser estudiadas y analizadas, sino para ser leídas y directamente intuitas. Ni el *Quijote* se creó para los cervantistas (aunque haya algún cervantista que piense de otro modo), ni el teatro de Shakespeare para la filología alemana...»

Pienso, con el maestro, que todo proceso literario culmina y se cierra con el receptor. Si la novela o el cuento es una construcción figurativa del creador que proyecta en el texto sus fantasías, deseos, fantasmas y obsesiones, en cada lectura el lector la reconstruye también desde sus propias figuraciones. El autor construye su universo, sus personajes, nosotros hacemos con ellos nuestro propio universo, nuestros propios personajes. Si la novela y los personajes son del autor y de él hablan, su interpretación es del lector y a él remiten, no al autor. Mis observaciones, pues, de esta obra de Antonio dirán sobre todo de mí y de mi aventura lectora de estas 26 historias que me han llevado a adentrarme por caminos desconocidos, y, como Alonso Quijano, a tropezarme en distintos recodos con la emoción de un lance y de su resultado incierto.

El libro está estructurado en veintiséis cuentos de distinta extensión, desde el excelente microrrelato *Las enseñanzas liberadoras* — apenas una página—, hasta los que llegan a

alcanzar la decena, *La aventura americana de Andreu Puigvert García* o *La burí cocinera* con más acción, peripecias y movimiento. Además, son los únicos situados en un espacio definido, Nueva York y «*un lejano emirato*». Todos se resuelven en primera o tercera persona. En el caso de los primeros —*El desconcertado*, *El regalo de los vinos*, *La sacerdotisa anglicana* y *El puñal en la esquina de la mesa*— se trata de monodíálogos en los que el personaje narrador, utilizando la vieja fórmula de la oralidad, cuenta parte de su historia a un interlocutor que no interviene en el texto y se limita a escuchar. En todos, se reconstruye desde el presente la historia pasada.

Las narraciones transitan por los más variados mundos: el amor, el deseo, la libertad, el miedo, las relaciones con los otros, el sexo, y, en lugar muy destacado, el humor.

La mordacidad directa o encubierta, la ironía sutil o el puro regocijo resultan en casi todos los cuentos la nota más sobresaliente. En varios relatos se convierte en el elemento estructurante de la narración como en *Las enseñanzas liberadoras*, en el que se demuestra lo que siempre defendió el protagonista: solo el conocimiento hace posible la emancipación y la libertad. Ahora la bella meretriz, en cuya instrucción tanto se empeñó el maestro, es la dueña eficiente de su propio y próspero burdel y siempre espera a los clientes

leyendo un libro. Esta hilaridad lleva a la risa abierta en *La nariz superlativa* con la que nace un niño. El padre, desolado, piensa que el fenómeno anormal es un castigo a su recitación insistente del célebre poema de Quevedo «*A una nariz*».

En otros casos, como en *Parentesco revelado*, el humor consigue dar un giro total a la folletinesca historia. Es el momento de la máxima tensión narrativa, los enamorados, hermanos sin saberlo, descubren que su progenitor es don Álvaro, padre adoptivo de Emiliano, que los engendró con una amante. La terrible revelación hace que el joven pierda el juicio «—*Papá, papá, esta historia nos sobrepasa a todos*—» y que la esposa, armada con un cuchillo, emprenda una carrera alocada tratando de alcanzar el corazón del marido infiel, gritando (y aquí la carcajada): «—*¡Don Álvaro y la fuerza del destino!* —». Este efecto de astracanada vuelve a repetirse en *Lolita*. La intensa historia de seducción de la hermosa, descocada y cínica joven, culmina de forma jocosa. «*Mi madre y yo habíamos salido, y volvimos a casa antes de lo previsto. Sorprendimos a mi padre con mi amiga: ella desnuda excitante y él, negando con la cabeza: “No puede ser, Lolita, no puede ser”. “Ya soy mayor de edad”, reía ella. “Que no, Lolita, que no puede ser”. No, no pudo ser, pues mi madre la corrió a escobazos escaleras abajo. Luego tuvo la deferencia de tirarle la ropa a la calle, “que no se vaya a refriar la muy guarra”*».

Junto a estos cuentos desenfadados, encontramos en el libro otro tema recurrente, el amor. Presente en todo el conjunto, aunque en algunos relatos sólo sirva de telón de fondo, nos sorprenden algunas narraciones en las que se canta su fuerza salvadora e irresistible que todo lo puede y todo lo trastoca. Así, en *La rosa del parque*, la pasión amorosa consigue que el célebre futbolista Taden al que aburrían los libros, se convierta en un lector voraz, y ella, la ávida lectora que odiaba el fútbol, comience a asistir a los estadios. En *La sentina* el perdón, la comprensión, el amor y la generosidad, consiguen que la mujer pueda superar su oscuro pasado. «*Al día siguiente, un incendio, al parecer provocado, redujo a cenizas el local llamado El Paradiso [...] Susana experimentó la sensación de que también su pasado quedaba devorado por las llamas del amor apasionado de Joaquín*». El protagonista de *La soledad* sufre el más atroz de los suplicios, el narrador lo expresa de forma hiperbólica para transmitir su intenso sufrimiento: «*Rugía amargado como si una broca estuviese atravesando su garganta a impulsos de un potente taladrador. Bramaba como un león desesperado. Pero resultó inútil su crujiir y rechinar de dientes: condenado estaba a la soledad*». Tras múltiples y desgraciadas peripecias, encuentra un amor a primera vista que consigue devolverle la paz y la felicidad: «*Elena y el socorrido no se separaron. Prefirieron pasar la noche uno a junto a otro, sentados en un sofá, cogidos de la mano. A la mañana siguiente comenzaron los preparativos de la*

*boda. Adrián no volvió a sufrir las quemaduras del dragón ni las dunas ardientes del desierto»*

Entre las veracidades múltiples y actuales que contiene el libro no faltan alusiones críticas a los desatinos e incertidumbres de la realidad española actual que parecen repetirse: «*La nación había sufrido una dictadura, una república ineficaz, una guerra civil, cuarenta años de régimen autoritario al mando de un general que se hacía llamar caudillo por la gracia de Dios y, tras un breve periodo de transición, otros tantos años de democracia singular, multiplicación de políticos a causa de la distribución autonómica del territorio y prosperidad amenazada por gastos excesivos y mercado desempleo*». El propio personaje había perdido «*su trabajo en el banco por cierre de sucursales y ajustes de personal. Vivía de la indemnización recibida y del subsidio de desempleo*». (*La aventura Americana de Andreu Puigvert García*).

La corrupción, omnipresente en nuestra sociedad, no puede faltar en este retrato social, en el cuento *El descubierta inmundo* aparece como algo normal, casi inevitable. El narrador la presenta de forma paradójicamente humorística en el momento de acusar al protagonista que ha cometido precisamente un escandaloso desfalco: «*—No he robado, ni hablar. He cogido prestado el dinero, aunque sin permiso. —Y justificas la falta con pagos falsos a los políticos de turno. Que, cierto, en ocasiones hemos tenido que untar la manteca, pero ¿tanto?*».



El autor aboga por la absoluta necesidad de superar la polaridad política en que nos debatimos (uno de los problemas más arduos del momento en un país tan cainita como el nuestro, como tan bien expresó Machado: *Españolito que vienes / al mundo te guarde Dios. / Una de las dos Españas / ha de helarte el corazón*). Muestra su preocupación por el tema en el relato «*Jacobinos y girondinos*», y, como es habitual en el libro, el largo debate apasionado y antitético de los dos personajes culmina con una nota aparentemente humorística, aunque, en este caso, esté llena de significado. Las mujeres no les dejan entrar en casa por su tardanza. «*Ya de madrugada, Luisa y Luisa, abrieron la puerta e hicieron entrar a sus parejas [...] «Estuvimos discutiendo de girondinos y jacobinos» «Como siempre. ¿Es que no podréis ponerlos de acuerdo una vez y dejaros de majaderías?»*

Aparte de los temas, Antonio vuelve a mostrar en este libro su dominio absoluto de las técnicas del relato, su prodigiosa sabiduría literaria y su maestría en el manejo de la palabra. No hay duda de que sabe introducir al lector, de forma inmediata, con una pincelada, en el punto de interés de la historia narrada, sin descubrir, no obstante, su total significación. Esta insinuación precisa mantiene el interés que va creciendo a lo largo de la fábula, deteniéndose, sin embargo, en aquello que adorna la anécdota para convertirla en materia digna de ser narrada: a veces, la

descripción escueta del personaje, las gentes que lo rodean, las líneas por donde discurre su pensamiento... todo ello con una intensa economía de recursos, como la inclusión de breves o amplios diálogos, que comunican, matizan e intensifican el clímax narrativo. La historia queda plenamente desvelada al final de forma genial —de nuevo con una sola pincelada insinuante—, lo que sorprende al lector, dejando a su capacidad imaginativa la reconstrucción última de los hechos narrados. Este final claramente abierto es particularmente visible en *El desconcertado*, *La sacerdotisa anglicana* o en *El puñal en la esquina de la mesa*. Antonio supera con creces los tres requisitos con que Cortázar afirmaba se debe construir un cuento: la *significación* con la que supere a la misma anécdota; la *intensidad* para que atrape la atención del lector y la *tensión* que le impida evadirse de la atmósfera creada por el narrador.

Enhorabuena, querido Antonio, has escrito un magnífico libro que, como ocurre con toda buena literatura, nos hará soportar mejor el rompecabezas de la vida. Me siento muy honrada de haberlo podido presentar. Ahora, venga el lector a vivir su propia aventura, a sorprenderse en los registros múltiples de tu palabra.

Virtudes Atero Burgos

